

¿FUEREÑO O AVENTURERO?
CONFESIONES AUTOBIOGRÁFICAS DE UN PRACTICANTE

SERVANDO ORTOLL

We shall not cease from exploration
And the end of all our exploring
Will be to arrive where we started
And know the place for the first time...
T. S. Eliot

I. Me apasioné por Georg Simmel en un curso que tomé en el departamento de sociología de la Boston University. El lugar en donde se insertaban departamento y aulas para la enseñanza me parecía de lo más adecuado: una vieja fábrica -nunca supe de qué- de dos pisos convertida en lugar de reunión y aprendizaje para científicos sociales. El curso, de sociología clásica, sería impartido por un peripatético profesor -apellidado Miller- al borde del retiro. De entrada, Miller confesó no haber leído a Marx en más de 20 años (a juzgar por su edad y lo poco que opinó de él, yo diría que no lo había repasado en más de 60); añadió que tocaríamos lo esencial en Weber y Durkheim, y que tendríamos un profesor invitado para discutir a Simmel.

Llegábamos entonces al término de la bulliciosa década de los setenta, en medio de magnicidios, golpes de Estado y confabulaciones novelescas por todo el mundo. Simmel me intrigaba. No porque nadie hablaba de él; más bien porque otorgaba una tregua a la situación política internacional que amenazaba con engullirnos. O sea que Simmel, por original y por desconocido, me cautivaba. ¿Cómo se coló y codeó con Marx (y no me refiero a Groucho), Weber y Durkheim, los "grandes" de la sociología?

II. Ocho años antes de comenzar mis lecturas de Simmel, había vivido en diferentes poblaciones del orbe: en 1970 emigré a la provincia de Ontario. Allí pasé un año en la pueblerina ciudad de London, y dos más en la fronteriza Windsor. Después me asenté en Cholula, para estudiar en la Universidad de las Américas. En 1974, pasé cuatro meses en India, como parte de un grupo de entusiastas etnomusicólogos que buscaba instruirse más allá de lo aprendido en Windsor sobre música clásica del norte de ese país. Cuatro meses en los que aprendí infinidades... Luego, después un paréntesis prolongado, volé a Berlín. El Berlín de finales de década, tan encerrado en sí mismo, tan pleno de jubilados

de ambos costados del muro, tan carente de gente joven, tan llena de prejuicios. En 1978, mientras leía a Simmel, encontré un texto que me forzó a arquear las cejas y arrugar la frente. Se trataba de un ensayo que, según mi colega Maren Vonder Borch debería titularse "El fuereño", y no "El extranjero", como normalmente se le conoce.¹

En un juego continuo de opuestos -emigración y sedentariedad; proximidad y lejanía; adhesión inorgánica y membresía orgánica del grupo, por mencionar varios fenómenos contrapuestos- Simmel desenreda una madeja que lo lleva –y a nosotros con él- a visualizar al fuereño como alguien que *aporta algo* a la sociedad a donde llega, y que al tiempo amenaza con no permanecer siempre dentro del círculo territorial en donde se ha establecido: "El [fuereño] a que vamos a referirnos", nos dice Simmel, es

el que viene hoy y se queda mañana; es, por decirlo así, el emigrante en potencia, que, aunque se haya detenido, no se ha asentado completamente. Se ha fijado dentro de un determinado círculo espacial [...] pero su posición dentro de él depende esencialmente de que no pertenece a él desde siempre, de que trae al círculo cualidades que no proceden ni pueden proceder del círculo.²

Repasé mi vida errante de los últimos años. Hasta entonces mi afán había sido el de "engullir", el de retener, el de incorporar lo novedoso o distinto que me había ocurrido en los diferentes círculos sociales a los que había pertenecido (sin haber formado parte, por cierto, de ninguno de ellos, por más de tres años). Pero ahora Simmel, el desconocido, me decía que todas estas sociedades, todos estos círculos sociales me habían aportado, ciertamente, pero que yo por mi parte les había hecho aportaciones. Esto era sólo parte del problema. Seguía lo referente un hecho irrefutable: nunca permanecí el tiempo suficiente en lugar alguno y siempre me comporté como el "nómada migrador", otro tipo sociológico que Simmel menciona de pasada. Reflexioné en torno a estos dos asuntos.

¿Qué habría podido aportar con mi casi nula experiencia existencial a las sociedades en las que había residido? Recordé casos chuscos en los que involuntariamente había participado y que a buen seguro había cambiado ciertas prácticas centenarias. Estaba

¹ Discusión al centro del Seminario sobre Georg Simmel para profesores de la Universidad de Sonora. Hermosillo, otoño de 2005.

² Georg Simmel, "El extranjero", en *Georg Simmel: sobre la individualidad y las formas sociales*, compilado por Donald N. Levine, 211-217 (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2002), 211.

por ejemplo la vez que, en un camino secundario, rumbo a una aldea sin nombre en el estado de Maharashtra, en el norte de India, el autobús se detuvo para que (los hombres) pudiéramos hacer aguas menores.³ De pronto aparecieron unos indios que sin saber cómo reaccionar, se quedaron inmóviles observándonos desde la distancia. Luego nos enteramos que, en India y al menos en esa región, hasta 1974, los hombres hacían aguas menores de cuclillas y no de pie como nosotros, los de "modernas" costumbres occidentales. Espero que esa pequeñísima aportación cultural sirva de mucho a nuestros testigos oculares, en particular si un temblor -o ¡Dios guarde la hora!- una inundación, los atrapa en el momento menos preciso.

III. Pero aparte de "llevar" esa práctica moderna -que no procedía (ni podía proceder)- al seno del círculo particular de indios que menciono, me sentía frustrado. ¿Qué más habría podido traer mi presencia a los dos poblados canadienses, a la grandiosa isla urbana conformada por Berlín, al poblado de Cholula? Mi respuesta vino de otro ensayo del propio Simmel. Así descubrí que yo no era solamente un "nómada migrador" o una vulgar "ave de paso". Jamás. Era, Simmel me lo explicaba con toda claridad, ¡un simple aventurero! "La forma de la aventura consiste", dictó Simmel, "en que rebasa y rompe la conexión de la vida".⁴ Y agregó: "lo que llamamos aventura, aquella parte de nuestra existencia que si bien se halla en enlace inmediato con otras anteriores y posteriores, transcurre, en su sentido más hondo, fuera de la normal continuidad de esa existencia".⁵

La aventura, por su sentido mismo, es independiente de lo que va "antes" o "después" de ella, y se fija sus límites sin reparar en ellos. Empezamos a hablar de aventura allí donde se rompe bruscamente la continuidad de la vida; o, más exactamente, ni tan siquiera es menester esa ruptura, ya que nos encontramos ante algo extraño, que está fuera de la serie más bien que rompe sus filas. Le falta esa impregnación fronteriza que hace que la vida constituya un todo, con sus partes. Se trata de un islote vital, soberano, que dibuja su propio perfil, y no de una porción continental que tiene que compaginar con el resto.⁶

³ Las mujeres en nuestro grupo, asustadas, decidieron esperar a la siguiente población para satisfacer sus necesidades en un lugar menos público. Al llegar a dicho poblado, nos detuvimos frente a la casa más "moderna". Dicha construcción tenía, como luego pudimos ver, un gran jardín rodeado por una barda de más de metro y medio de alto en su parte posterior. Cuando la dueña se enteró de la urgencia de nuestras compañeras, nos hizo pasar a su elegante casa, abrió una puerta que daba al vasto jardín y con la palma abierta señalando en esa dirección, les dijo: "donde ustedes gusten".

⁴ Georg Simmel, "El aventurero", en *Georg Simmel: sobre la individualidad y las formas sociales*, compilado por Donald N. Levine, 255-265, en esp. 255-256.

⁵ *Ibid.*, 256.

⁶ *Ibid.*, 257.

La imagen de islote, separado de la masa continental, me hizo reflexionar de inmediato en torno a su significado. Si se trataba de una isla, seguramente que tenía montes y valles, es decir momentos de embriaguez o embelesamiento, y momentos de realidad pura y dura, como las rocas que a veces encontramos en la base de los valles más fértiles. Pero hay una clave detrás de la idea que menciona Simmel: "un conjunto de experiencias tienen el carácter de aventura, [...] porque son diferentes y, particularmente discontinuas para el individuo que las experimenta. La profesora universitaria que se toma seis meses para conducir camiones pesados, está pasando por una aventura; el conductor de camiones profesional no lo está".⁷

Además "para que un individuo perciba una experiencia como 'una aventura', debe atribuirle un comienzo y un fin; es decir, debe verla como algo distintivo tanto temporal como cualitativamente".⁸ Esto explicaba por qué no sentía que hubiera aportado algo a los lugares donde había vivido: la verdad es que tomé mis estudios como una aventura: una aventura con un principio y un fin. Una aventura tras la cual volvería a mi vida normal y corriente. Claro que una vez más me equivocaba: no se puede regresar nunca al lugar de origen tras haber tenido una aventura (no importa cuál haya sido su tipo), sin sentirse una vez más un fuereño. Y así fue como llegué al punto de mi comienzo, en esta aventura autobiográfica.

⁷ Peter Lawrence, *Georg Simmel: Sociologist and European* (Nairobi, Kenya: Thomas Nelson and Sons, Ltd, 1976), 21.

⁸ *Ibid.*